

entonces habia vivido oculta á los ojos de los hombres, y héla aquí entregada en las manos y á la merced de un hombre que se enlaza con ella, y á quien, bajo el título de esposo, toma por custodia de su castidad. José correspondió bellamente al concepto que María habia formado de él. Mas para comprender hasta qué punto se abandonó María á Dios en tan delicada coyuntura, que tan importantes consecuencias debia tener para el resto de su vida, seria menester concebir cuán extremadamente amaba ella la pureza, y cuán celosa estaba de conservarla sin la menor mancha. Y sin embargo, conservándola así, era preciso salvar en lo exterior todas las apariencias y aparentar que vivia con José como otra esposa cualquiera; es decir, que su union fué á la vez muy estrecha, muy cordial, muy familiar y muy santa.

Tal es la prueba á la que puso Dios la virtud de María, antes de anunciarle sus designios sobre ella. Para resolverse á entrar en este empeño, cuyo misterio ignoraba todavía, no tomó mas consejo que de Dios, obedeciendo á sus padres, que tenian derecho para disponer de ella, ignorando el voto que habia hecho: esperó que Dios la protegeria, sin darse cuidado por los medios, y que proveeria para el entero cumplimiento de su voto. Así que no tuvo la menor desconfianza, ni sospecha, ni sombra de ocurrencia con respecto á José, y se entregó á él con la misma seguridad con que se hubiera entregado á un ángel.

¿Qué nos enseña aquí María? A no racionar sobre la voluntad de Dios cuando nos es suficientemente manifestada; á no imaginarnos peligro alguno para nosotros cuando él mismo es quien nos expone; á confiarle sin temor nuestros mas caros intereses, y á creer que no cuidará menos de ellos que nosotros mismos. La vida interior es una vida toda de fe, toda de abandono: ella no consulta ni sigue las reglas de la prudencia humana. Entonces se vive bajo el imperio de la gracia: á ella sola debe escucharse, sin otra direccion que la de la obediencia. Si María hubiese tenido propio discernimiento, propia voluntad, jamas hubiera consentido en desposarse con José. Si hubiera dado of-

á su razon, no hubiera creído poder consentir en ello, sin exponer su virginidad y sin faltar á su voto. Fácil le hubiera sido justificar á sus propios ojos su negativa; no le faltaban ciertamente razones las mas fuertes en apariencia, y no podia prever lo que debia acontecer. Y no obstante hubiera obrado mal, y hubiera resistido á la voluntad de Dios. Nosotros lo juzgamos ahora así porque lo vemos por el suceso. Pero el suceso que nos es desconocido, y que hasta nos es imposible sospechar, no puede ser la regla de nuestra conducta; de otra necesitamos, y esta regla es el abandono á la voluntad de Dios, suceda lo que suceda: es el sacrificio de todo raciocinio á la fe. Observad bien todo el decurso de la vida de María, y vereis que se dejó guiar en todo por la fe, posponiendo todo raciocinio.

---

## CAPITULO V.

### EMBAJADA DEL ÁNGEL GABRIEL.

**M**ARIA estaba retirada en Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, territorio el mas oscuro y el mas pobre de la Judea: allí vivia del trabajo de José que era carpintero, y desempeñaba por sí misma los quehaceres de la humilde casa. Dios habia preparado estas circunstancias de toda la eternidad, y habia escogido esta ciudad, esta tienda y este miserable recinto para hacer de él el teatro de sus maravillas. Despacha para esta virgen no un ángel ordinario, sino un arcángel, para anunciarle que él habia puesto en ella los ojos, con el fin de hacerla Madre del libertador del género humano. ¡Y qué, Dios mio! ¡Vos habeis prometido á David que el Mesías saldria de su sangre, y esperais, para cumplir vuestra promesa, que esta sangre haya caido en la condicion mas abyecta! ¡Un artesano, confinado á un rincon de la Judea, será reputado el padre de vuestro Hijo único, y su Madre El Interior.

la mujer de un artesano! ¿Qué será pues, de aquellas ideas magníficas que vuestros profetas nos dan del Mesías y de su reino? ¡Pensamientos humanos! cuán bajos sois, cuán rastreros en comparacion de los pensamientos de Dios! La grandeza de este Mesías es una cosa enteramente diversa de lo que os imagináis: será grande á los ojos de Dios; y para ser tal ha de ser pequeño y despreciable á los ojos de los hombres; sus padres nada han de ser segun el mundo, y áun es necesario que sean mas humildes en el corazon de lo que parecen exteriormente.

A María pues, en la humilde casa de Nazaret es á quien se aparece el ángel Gabriel, el cual le entabla su embajada en estos términos: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.* (Luc., I, 28.) En este discurso reconocerá cualquiera á un súbdito respetuoso que rinde á su Reina sus homenajes. En toda la Escritura, en donde se ven tan frecuentes las apariciones de los ángeles, no hay una sola que empiece con estas palabras: *Dios te salve.* Reservadas estaban para María, cuya humildad no permitió que se envaneciese por ellas. Y áun las que siguen eran mucho mas capaces de envanecerla: *Llena de gracia.* Un ángel es quien habla de parte de Dios, y que no profiere sino las palabras que Dios ha puesto en su boca. María podia pues, y debia creerse llena de gracia, pues el mismo Dios se lo aseguraba. Pero cuanto mas se la ensalza, mas se humilla; y sin hacer una sola reflexion sobre el discurso del ángel, reconoce interiormente que ella es nada, y que todo lo obró en ella la gracia.

*Bendita tú entre las mujeres.* Otras mujeres antes de vos fueron benditas del cielo; mas nadie lo es ni lo será como vos. Vos lo sois como una alma pura y sin tacha; lo sois como consagrada á él por vuestro voto de virginidad, y vais á serlo por el beneficio único que os hará Madre de Dios sin dejar de ser virgen. Vos por humildad habeis renunciado á ser la madre del Mesías, y esta humildad es la que va Dios á coronar con una dignidad tan gloriosa. Las otras mujeres han creído un mérito y casi un pia-

doso deber el pretenderlo; mas juzgándoos vos indigna de ello, habeis merecido ser preferida á todas, y la bendicion del Altísimo ha descendido especialmente sobre vos, porque os habeis conservado siempre en vuestro abatimiento.

A este discurso del ángel, María se turbó, no creyendo que á ella pudiesen dirigirse semejantes palabras, ni que fuese un ángel quien así le hablase. Su turbacion no procedia de otra cosa sino de los ínfimos sentimientos que de sí misma tenia: temió hacerse ilusion: temió las artimañas del demonio; entró en desconfianza de este saludo á causa de que le era tan lisonjero. Todo lo que podia hacerla parecer grande á sus ojos le era sospechoso, y su humildad se alarmó tanto que hubo menester que el ángel la tranquilizase.

¡Cuán agradables eran á Dios aquella agitacion de María, aquellos pensamientos que la turbaban con motivo de un saludo que no podia creer que se dirigiese á ella! Si Dios la mandó saludar en términos tan honoríficos, fué porque sabia que ella era incapaz de atribuirse nada á sí misma, y de otro modo se hubiera portado en ella si hubiese previsto que por parte de la misma habia algo que temer. La mas fuerte tentacion de vanagloria á que podemos vernos expuestos es sin duda cuando recibimos las alabanzas de Dios, que es la verdad misma. Preciso es entonces aceptarlas, creerlas verdaderas, y sin embargo no complacerse en ellas, refiriendo á Dios solo toda la gloria. ¿Qué otra virtud menor que la de María no hubiera sucumbido á semejante prueba? Mas el triunfo de su humildad consiste en que esta aumenta á pesar de lo que parecia deber debilitarla.

Cuando en la vida de los santos leemos los favores que Dios les ha dispensado, los elogios que algunas veces se ha complacido en dar á su virtud, guardémonos mucho de desear para nosotros ninguna cosa semejante. Imitemos á María, la cual nunca pensó que un ángel debiese venir á traerla una tal embajada, de la cual se hubiera realmente hecho indigna si hubiese sido capaz de tener de ella el menor deseo. Tales favores son ó dejan de ser

peligrosos, según se halla dispuesto el corazón cuando se reciben. Mil veces más vale quedar privado de ellos, que abusar de los mismos por el menor asomo de vanidad: el único medio para evitar este peligro es alejar de sí el deseo y hasta el menor pensamiento de un tal beneficio. Tengamos por cierto que todo cuanto en esta parte concediéramos á nuestros deseos sería una pura ilusión. No busquemos, pues, por nosotros mismos cómo salir de la vía ordinaria; y si Dios nos sacase de ella, estemos seguros de que lo único que puede sostenernos en una senda extraordinaria es una humildad parecida á la de María.

## CAPITULO VI.

### ANUNCIO DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

**E**L ángel pues, sosegó á la tímida y turbada María, diciéndole: *¡Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios.* El es quien á vos me envía, para llevaros de parte suya palabras de bendición y de paz. Vos habeis hallado gracia delante de él; vos le sois agradable más que ninguna otra criatura, y él os ha escogido para cumplir en vos el más grande de sus designios, el de la reparación de su gloria y el de la salud del universo. *Sábede que has de concebir en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Será grande, y se llamará hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David; reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* (Luc., I, 31.) ¡Magnífica promesa! ¡Cuán propio parece para elevar un corazón menos humilde, digámoslo mejor, menos anonadado que el de María! ¡Un hijo que llevará el nombre de Jesús, ó de Salvador, que será grande absolutamente y por sí mismo, grande con una grandeza incomparable, y sobre toda grandeza criada, pues que será reconocido por el hijo del Altísi-

mo! Este hijo, salido de David, será colocado sobre su trono por Dios mismo; no sobre un trono material, que está destruido y no se volverá á levantar, sino sobre un trono espiritual del que el de David no era sino figura. Reinará para siempre sobre los hijos de Jacob, sobre los verdaderos israelitas, es decir, los verdaderos servidores de Dios, de quienes será él la cabeza, el legislador y el modelo. Su reino, todo de gracia, no tendrá fin; y después de haber empezado sobre la tierra, continuará en el cielo para no acabar jamás. Tal es el sentido de las palabras del ángel, que María entendió entonces cuanto debió entender, quedando siempre no obstante en la oscuridad de la fe. Porque yo no creo que fuesen para ella tan claras como lo son para nosotros, ahora que el velo está levantado, y que el misterio se nos ha revelado enteramente. Dios dispensa las luces con maravillosa economía, dejando siempre á la fe de qué ejercitarse; y la misma María, aunque más alumbrada que otro alguno sobre el destino de Jesucristo, no fué perfectamente instruida sino después de verificado en su persona el entero cumplimiento de las profecías. El Evangelio nos dará más de una prueba de lo que acabo de decir.

Sea de esto lo que fuere, lo que más sorprendió á María no fueron las grandes cosas que le anunciaban, sino la imposibilidad natural que veía en ejecutarse, sin perjuicio de su virginidad. Se le dice que será Madre, y ella prometió á Dios conservarse virgen. *¿Cómo ha de ser eso,* dice al ángel, *pues no conozco varón,* y estoy resuelta á no conocerlo jamás? No duda ella de la omnipotencia de Dios; más expone con sencillez su situación, su deseo de ser fiel á su voto, y pregunta cómo puede esto conciliarse con la maternidad que se le anuncia.

Jamás me parece bastante repetido que María pensaba y hablaba en todo de una manera sobrenatural, y en aquella ocasión más que en otra alguna. La disposición que ella descubrió al ángel era la misma en que Dios la ponía por su gracia. No tenía entonces un sentimiento, no decía una palabra que no le fuese inspirada por el Espíritu Santo. Dios pues, quería que en

el momento en que él le anunciaba por medio de un ángel los mas encumbrados destinos, ella no se ocupase sino en su castidad, y en el cuidado de conservarla. Concluyamos de ahí que en las ideas de Dios el amor y la práctica de una virtud, áun de aquella cuyo único objeto es la pureza corporal, son muy superiores á los mas señalados favores del cielo, y á la dignidad mas sublime á que puede ser elevada una criatura. Así pues, para conformarnos con los pensamientos de Dios, hagamos en toda nuestra vida, como María, mas caso del menor acto de virtud que de todos los dones celestiales; porque no son estos dones, sino las virtudes cuyo ejercicio cuesta á la naturaleza, las que glorifican á Dios y nos santifican. Los dones de Dios, el de la oracion, por ejemplo, no se nos conceden para que disfrutemos meramente de ellos, sino para facilitarnos la práctica de lo mas perfecto que tiene la moral evangélica, la renuncia, el abandono, la muerte entera á nosotros mismos. Toda oracion que no produzca tales efectos, por elevada que se le suponga, nada vale, y no servirá sino para nuestra condenacion. Si María, deslumbrada por el título de Madre de Dios, no hubiese sentido inquietud sobre el modo con que podia conciliarse con su virginidad, Dios la hubiera desechado: no hay duda. Todo lo que el ángel de una parte, todo lo que María de otra debian decir, estaba preparado, previsto, ordenado en los designios de Dios; y si ella se hubiese separado un solo ápice, hubiera dejado sin efecto la mas célebre embajada que jamas se hizo.

---

## CAPITULO VII.

### DECLARACION DEL CUMPLIMIENTO DEL MISTERIO.

**E**L ángel va á tranquilizar á María sobre el objeto que ocupa mas su corazon que es la maternidad divina. *El Espíritu Santo,*

le dice, *descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.* El mismo Espíritu Santo es quien os tornará fecunda: el Altísimo pondrá en obra su omnipotencia; superará la ley mas inviolable de la naturaleza, para formar en vos por medio de una maravillosa operacion la carne á que debe unirse su Verbo. Esta obra será de la misma Trinidad, y á ella concurrirán todas las personas divinas. ¡Misterio inefable! ¡Secreto conocido de Dios solo, y que no comprendia ni el ángel que á María lo anunciaba! María necesita aquí de toda su fe para creer; lo que se le dice es superior á su inteligencia. Al preguntar cómo puede aquello verificarse, se le explica, pero de un modo tan elevado á que no alcanza su pensamiento. No comprende, pero somete su razon, persuadida de que no faltan á Dios medios para cumplir sus designios, que no están al alcance de la criatura.

*Por cuya causa,* añade el ángel, *el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios.* El cuerpo que se formará en vuestro casto seno, de vuestra mas pura sangre, mediante la operacion del Espíritu divino, será un cuerpo santo de la santidad misma del Hijo de Dios, que se le unirá; y se dirá de esta carne: Es la carne del Hijo de Dios. De la union del alma humana con su cuerpo no resultará una persona; sino que una y otra sustancia unidas inseparablemente al Verbo, no tendrán otra personalidad que la suya. Así el alma será el alma del Verbo, el cuerpo será el cuerpo del Verbo encarnado. Una carne destinada á ser la carne del Hijo de Dios no debia formarse en otra parte que en el seno de una virgen y por la operacion del Espíritu Santo.

Para hacer creible á María tan estupendo milagro, *ahí tienes,* prosigue el ángel, *á tu parienta Elisabet, que ha concebido un hijo en su vejez, y hoy cuenta ya el sexto mes de su embarazo la que se llamaba estéril,* esto es, reconocida por tal, *porque á Dios nada es imposible.* Dios es quien os habla por boca mia; Dios es quien os asegura que concebireis y parireis sin dejar de ser virgen. El es veraz en sus palabras; es todopoderoso: sometidas le están todas las leyes de la naturaleza; él es quien las hizo; él puede,

cuando le place, sobreponerse á ellas. No debeis pues, vos vacilar en creerlo.

Cuando Dios tiene sobre un alma algun desiguio extraordinario, sin explicarle á fondo este designio, ni la manera con que él lo cumplirá, se lo explica lo bastante para convencerla de su infinito poder, y no dejarle motivo alguno de duda, exigiendo de ella un consentimiento á la vez ciego é ilustrado. Ciego, porque la razon no puede penetrar en el secreto de Dios; ilustrado, porque esta misma razon tiene en la veracidad de la omnipotencia divina motivos evidentes para someterse. No permitamos pues, á nuestro entendimiento curiosidad alguna sobre las cosas mismas que Dios nos propone, ni sobre los medios por los cuales las verificará. Esto no es de la inspeccion de nuestra inteligencia; y si lo comprendiéramos, ya no habria fe, ni mérito por consiguiente. Atengámonos á su palabra; y desde el momento que estemos seguros de que habló por medio de los que tenemos en lugar suyo, no vacilemos en creer lo que nos parezca mas distante de la posibilidad.

---

## CAPITULO VIII.

### CONSENTIMIENTO DE MARÍA.

**S**ATISFECHA ya sobre el punto que mas inquietud le daba, y fiando en el discurso del ángel, aunque no lo comprendiese, María no titubeó en dar su consentimiento. *Hé aquí, dice, la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.*

Muchas observaciones importantes hay que hacer aquí. La primera es que Dios pide el consentimiento expreso de María para elevarla á la dignidad de Madre de Dios, y que le deputa un ángel para obtenerlo. Ved con qué consideracion y miramientos trata Dios á su criatura, cuando tiene sobre ella algun

designio extraordinario. No lo ejecuta sin proponérselo, sin escuchar sus razones, si alguna tiene que oponer. Solicita su consentimiento, pero no lo exige, y quiere que se le dé con entera libertad. El título de Madre de Dios era un favor único, un privilegio incomparable, una distincion sin ejemplo, y que no debia renovarse en todo el decurso de los siglos. Mas por este título María contraia tambien los mas grandes empeños. Debia dar á Dios á proporcion de lo que recibia; debia aspirar á la santidad mas sublime, y de consiguiente consagrarse sin límites á la voluntad de Dios, muriendo absolutamente á sí misma; debia someterse á las mas terribles pruebas, y participar de las de su Hijo. Estaba instruida lo bastante en el sentido espiritual de las profecías, para saber que el Mesías debia padecer mucho, y que seria un *varon de dolores*. Sin duda que Dios le presentó en general un cuadro de todo esto que le impresionase, al tiempo de hablarle el ángel, y pudiera ser tambien que este le insinuase alguna cosa sobre el particular, que su humildad no le permitió revelarla. Es pues, muy probable que previó todas las consecuencias del consentimiento que iba á dar, y que en calidad de Madre tuviese mas parte que otro alguno en la cruz del Salvador. Sin esta circunstancia, el mérito que tenia en consentir no hubiera sido tan grande de mucho como podia ser. María se sacrificó de un modo el mas perfecto desde el instante en que aceptó el ser la Madre de Jesus, así como Jesus se sacrificó en el instante mismo de su entrada en el mundo.

La segunda observacion es, que María necesitó de mas valor, de mas generosidad, de mas grandeza de alma de lo que se cree generalmente para consentir en la proposicion que le fué hecha por el ángel; y esta observacion es una consecuencia de la anterior. Nosotros en la calidad de Madre de Dios no vemos mas que una dignidad que la elevaba sobre los ángeles y los hombres; y bajo este respecto nos parece que ningun esfuerzo debia costar á María el aceptarla; antes al contrario, que debia darse á ello la mayor prisa. Mas nos engañamos groseramente, por-

que miramos las cosas sobrenaturales con los ojos de la carne. Esta calidad era una carga, y una carga la mas pesada, á la cual iban unidas todas las cruces que debia llevar María; así como la gran cruz con que Jesus debia cargar era una consecuencia de la union del Verbo con su santa humanidad. A la manera pues, que esta santa humanidad quedó en cierto modo anonadada por su union con el Verbo, y fué puesta en un estado de víctima, que le comprometió á llevar todo el peso de la cólera celeste para la salud de los hombres; en la misma proporcion, la union de María con Jesus, siendo su Madre, era para ella una especie de anonadamiento, una destruccion total de la naturaleza, una sujecion al mas doloroso martirio que hubo jamas, despues del de su Hijo. Infírase de ahí la grandeza de sentimientos con los que pronunció aquel *Fiat* de que dependian la reparacion de la gloria de Dios y la salvacion del género humano.

La tercera observacion, sobre la que tanto han insistido los santos Padres, mira á la profunda humildad de María. Un ángel la saluda como Madre de Dios; y en el momento mismo en que consiente serlo, se llama su esclava; y por sumision, por obediencia, sin olvidar su bajeza, antes bien abismándose mas en ella, es como acepta un título de honor que le dará autoridad sobre un Dios hecho hombre. Al ejercer los derechos de una Madre, María se acordará siempre que es sierva, y la sierva de aquel mismo á quien manda. Cuando mas elevada, tanto mas humilde. Tal es el efecto de las grandezas que nos vienen de Dios, cuando se reciben y se usa de ellas como es debido. Estas grandezas obligan á la práctica de las mas altas virtudes, y sobre todo de la humildad. Los bajos sentimientos de nosotros mismos deben crecer con proporcion á la altura á que Dios se digna elevarnos. Lo que mas á él nos acerca no son los favores que nos hace, sino nuestra fidelidad en quedarnos en nuestra nada. ¡Oh pequenez! ¡Oh humanidad! ¡Quién conoce tu precio? ¡Quién te prefiere á todo? ¡Quién lo emplea todo en empequeñecerse siempre mas? Esto es verdaderamente grande á los ojos

de Dios, y no hay otra grandeza sobrenatural sino esta. Despues de Jesucristo, el mas bello ejemplo de esta virtud nos lo da María. ¡Qué grandeza la del Hombre Dios! Ella fué la medida de su anonadamiento. ¡Qué dignidad la de Madre de Dios! María no fué por ella sino mas humilde sierva del Señor.

---

## CAPITULO IX.

### CUMPLIMIENTO DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

**T**AN presto como María hubo dado su consentimiento, el ángel la dejó. Aquí se detiene el Evangelio, sin hablar una sola palabra del misterio inefable que en aquel instante se cumplió en ella. Sobrevino el Espíritu Santo, y formó por sí mismo de la mas pura sangre de María en su casto seno el cuerpo del Hombre Dios. Este cuerpo, en su mayor pequenez, fué completo y perfecto en todas sus partes, en el momento mismo de su formacion; en el cual fué animado, y quedó unido inseparablemente, así como su alma, á la persona del Verbo. San Lucas calla sobre todo esto, porque no refiere sino lo que sabia mediata ó inmediatamente de la santa Virgen; y porque esta guardó un profundo silencio sobre lo que entonces pasó en ella. Sin duda que ni ella misma hubiera podido explicarlo, pues una tal operacion es superior á toda palabra y á todo concepto. Parece que por lo menos podia ella hablar del éxtasis en que entró en aquel momento, y de la celestial delicia, é infinitamente superior á los sentidos, de que quedó santamente embriagada por la presencia y accion íntima del Espíritu Santo su esposo. María guarda para sí este maravilloso secreto; y despues que salió de este arrobamiento, ni aún se permitió pensar en él.

Callemos pues, tambien nosotros, y respetemos el silencio que le impusieron Dios y su humildad. ¡Qué diríamos sobre este

particular que se acercase á la verdad, y que por nuestra parte dejase de ser una pura aunque piadosa imaginacion? S. Pablo dice que en su trasporte al tercer cielo oyó las palabras misteriosas de que no es dado á un hombre hablar. Por sublime que fuese la elevacion del apóstol, nada fué por cierto comparada con la que el Espíritu Santo obró en María en su union inefable con ella. Aprendamos en esto primeramente á callar sobre las gracias extraordinarias que Dios pudiera hacernos, á no comunicarnos sino con una santa reserva, aunque sea al director de nuestra alma, hasta el punto que sea necesario para asegurarnos de que no es ilusion; en segundo lugar, á no ejercitar la curiosidad de nuestro pensamiento sobre lo que pasó en nosotros durante las operaciones sensibles de la gracia, y á imponernos el deber de no reflexionar sobre ello, á lo cual harto nos inclina el amor propio con evidente peligro de caer en la vanidad. En cuanto á esta especie de favores el alma debe ser como un canal que las recibe, que las deja pasar, sin esfuerzo alguno en detener la mas mínima parte ni por el entendimiento, ni por la voluntad. En tercer lugar, á no ser mas curiosos con respecto á lo que experimentaron los santos en sus comunicaciones con Dios; á no detenernos demasiado en lo que en sus vidas leemos sobre el particular; y sobre todo á no leer ciertos libros en los que algunos ingenios piadosos, pero temerarios, se empeñan en explicar lo que sobrepuja claramente á la comprension humana. Observad la sobriedad admirable de la Escritura: siempre que habla de cosas semejantes dice lo que se ha de decir, sin dar el menor pábulo á una vana curiosidad. Dejemos á Dios sus secretos; él nos los reserva para la otra vida, porque sería tan inútil como peligroso el querer conocerlos en esta. Y sobre todo, no fueron estas gracias las que formaron los santos; y nosotros no debemos solicitar otra instruccion que la que los santificó. En esto mas que en otra cosa es necesario la *prudente sobriedad* tan encarecidamente recomendada por san Pablo. Muchos libros hay de una espiritualidad falsa, ó á lo menos sospechosa. Tales son

aquellos en los que el autor se interna mucho en los secretos de la oracion: desconfiemos de ellos. Créese que elevan su espíritu y que le ilustran. Nada de esto, le llenan sí de ideas abstractas, confusas, sin la menor solidez, y al mismo tiempo hinchán y secan el corazon. Las mujeres son muy curiosas para esta especie de libros, en los cuales se calienta y se sutaliza su imaginacion: en ellos se pierden, reteniendo en su memoria una mística jerigonza de que se valen sin entenderla. Y es lo peor, que se aplican á sí mismas lo que leen en semejantes libros, forjándose estados en que no se hallan, y creen ver claramente en su interior. No es creible lo que abusa el demonio de esta sed insaciable que tienen de ser entendidas en materias espirituales. No sea, N. . . ., este vuestro defecto, y sea María vuestro modelo en este punto, así como en todos los demas. Nadie sobre la tierra supo tanto como ella en las cosas de Dios. Su experiencia, sin libro alguno, la habia instruido, y los mas hábiles doctores, los más grandes santos, los apóstoles mismos nada sabian comparados con ella. Pero nadie fué mas reservado en hablar de ellas; y su reserva en esta parte es para nosotros una enseñanza mas profunda, mas instructiva que la enseñanza mas sublime que podia habernos dado.

---

## CAPITULO X.

### REFLEXION SOBRE LA MATERNIDAD DIVINA

**H**ÉNOS aquí á María entrada ya en un estado nuevo, mas santo y mas perfecto que los precedentes. El ángel la ha saludado *llena de gracia*: ella posee ya dentro de sí al mismo Autor de la gracia, y esta posesion no es momentánea, pues lo llevará nueve meses en sus castas entrañas. Mientras que con su propia sustancia nutre y hace crecer el cuerpo de su Hijo, cuerpo ado-